

RESEÑAS

Hugo AZNAR, Leopoldo GARCÍA RUIZ, **La crisis de la opinión pública liberal (1915-1930)**, Valencia: Tirant Humanidades, 2021, 246 p., ISBN: 9788418656101

Desde el triunfo de las revoluciones decimonónicas, el paradigma liberal ha dominado el pensamiento occidental. A él debemos la mayoría de los consensos más arraigados e indiscutidos de nuestras sociedades, como son la soberanía popular, el sistema democrático representativo, los derechos individuales o la igualdad ante la ley. En los últimos años, sin embargo, varias voces han empezado a alertar desde perspectivas muy variadas de que podríamos estar ante una crisis de ese paradigma liberal. Actualmente se ve cuestionado en la política por la emergencia de movimientos tanto a izquierda como a derecha que se consideran iliberales, a nivel internacional se enfrenta al ascenso como superpotencia de China y en nuestro día a día choca con las imposiciones cada vez más autoritarias de un discurso de la corrección política respaldado por los entes estatales y supraestatales. Uno de los aspectos donde más erosionado se ve el paradigma liberal es en el campo de la libertad de expresión, derecho que está hoy sujeto a enormes debates relativos a la censura en redes sociales, el llamado “discurso del odio” o la desinformación en los medios y el fact-checking.

No se trata de la primera vez, pues el pensamiento liberal ya enfrentó

una crisis con embates similares durante el periodo que siguió a la Primera Guerra Mundial, con el auge de los totalitarismos. En este libro, los profesores de la Universidad CEU Cardenal Herrera Hugo Aznar y Leopoldo García Ruiz recopilan una serie de trabajos que abordan este periodo que va del inicio de la Gran Guerra hasta el crack del 29 y la entrada en la turbulenta década de los 30. Como desarrollan con brillantez en la Presentación, durante estos años se produjo lo que denominan “la crisis del modelo canónico de opinión pública liberal”. Este modelo, originado en el optimismo de la Ilustración y cristalizado en las primeras décadas revolucionarias del siglo XIX, confiaba en que el libre mercado de las ideas y el libre acceso a la información propiciarían indefectiblemente el triunfo de la Razón y crearían en el pueblo una opinión pública capaz de tomar decisiones informadas y dirigirse a sí mismo. El fin de toda censura y el acceso de una parte cada vez más grande de la población a la información a través de la prensa eran por tanto los únicos requisitos para crear una sociedad de ciudadanos libres. Sin embargo, lejos de realizar esta utopía, el siglo XIX trajo nuevos problemas: la sociedad de masas, con su correspondiente prensa de masas, resultó mu-

cho más propensa a la irracionalidad y mucho más fácil de engañar que lo que las pequeñas élites burguesas habían pensado. De acuerdo con los autores, la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa fueron la mecha que hizo estallar todas las asunciones liberales al demostrar que la opinión pública podía ser fácilmente controlada a través de un efectivo uso de la propaganda y el debate racional e informado era sustituido por una competición de tópicos y desinformación que apelasen a los sentimientos más irracionales de las masas.

Establecido con claridad en la introducción este marco interpretativo, la primera parte del libro estudia el impacto de este fenómeno en Estados Unidos. La elección es interesante porque, frente a casos más obvios como podía haber sido la propaganda de guerra en Alemania o Rusia, nos presenta la crisis del paradigma liberal precisamente en el país donde con más fuerza está arraigado. El primer capítulo, de César García Muñoz, estudia como entendió esta crisis el filósofo estadounidense de origen español George Santayana. Como su discípulo Lippmann, Santayana representa un liberalismo clásico abrumado por la deriva democrática de la sociedad de masas, que lejos de fomentar un debate culto y aupar a las élites intelectuales, tiende al instinto gregario y simplificador. Para Santayana, la opinión pública no es más que un constructo irracional de las pasiones de la masa y frecuentemente no se corresponde con la verdad, por

lo que no considera que las decisiones políticas deban guiarse por ella. Resulta interesante ver, de la mano del filósofo, como algunos de los grandes pensadores liberales de principios de siglo mostraban dudas sobre la legitimación y fundamento de la democracia que hoy nadie se atrevería siquiera a plantear. El capítulo de Leopoldo García Ruiz abre más el espectro para mostrar como cambió la concepción legal de libertad de expresión en EEUU a partir de la Primera Guerra Mundial. Para fomentar el espíritu bélico en un país poco propenso a entrar en el conflicto, se tomaron una serie de medidas que prohibiesen los discursos contrarios al esfuerzo bélico a través de la Espionage Act y su ampliación, la Sedition Act. Bajo el pretexto del estado de guerra, por primera vez los tribunales empezaron a perseguir a ciudadanos por manifestar ideas, abriendo un debate legal sobre los límites de la libertad de expresión. Aunque la mayoría de los juristas apoyaron al gobierno, el autor explora las voces discrepantes como la del profesor de Harvard Zechariah Chafee. Los argumentos de Chafee para evitar que la aplicación de unos límites razonables a la libertad de expresión se convierta en un medio del gobierno para silenciar opiniones discrepantes resultan de absoluta actualidad y suponen una impugnación total a muchas de las restricciones legales que hoy existen al discurso. Hugo Aznar, por su parte, dedica un capítulo a Walter Lippmann, cuyo artículo *A test on the news* de 1920

considera el punto culminante de la ruptura con la tradición liberal clásica de opinión pública. Lippmann argumentaba tomando el ejemplo de la cobertura de prensa a la Revolución Rusa que, en un mundo cada vez más complejo, los medios de comunicación no ofrecían una información veraz al público y por tanto éste no podía tomar decisiones informadas. Para Lippmann, la clave de la democracia liberal partía del supuesto de que los ciudadanos podían hacer oír su voz en la toma de decisiones, pero si carecían de los medios para informarse, no podrían tomar decisiones correctas y, más grave aún, serían vulnerables a que se les engañase por medio de la propaganda para tomar una u otra postura. Inicialmente, Lippmann proponía para corregir este problema una autorregulación de la prensa que garantizase la información veraz e independiente, aunque más tarde perdió toda esperanza y acabó argumentando por restringir al máximo la participación ciudadana en la toma de decisiones, pues el pueblo invariablemente actuaría movido por la desinformación y la propaganda. El dilema de Lippmann se ve ampliado hoy con los problemas derivados de las redes sociales y las fake news y su pesimismo sobre la participación del pueblo recuerda a argumentos escuchados tras el referéndum del Brexit en 2016.

La segunda parte del libro salta de EEUU a España, sin variar el marco temporal, para demostrar como se adaptó la prensa y la intelectualidad

española a los cambios que se estaban produciendo en el mundo. Dado el carácter aislacionista de España, que salpica a gran parte de la historiografía nacional, es interesante ver en estos estudios a la España de Alfonso XIII como un actor implicado e influido por el panorama internacional, demostrando que muchos de los procesos que consideramos a veces endógenos e incluso fruto del “excepcionalísimo” tienen mucho que ver con lo que ocurría fuera de las fronteras. El capítulo de Dolores Thion utiliza como estudio de caso la evolución del semanario España en 1915 para estudiar la influencia de la guerra de propaganda aliadófila y germanófila en la prensa española. Pese a su neutralidad, España no fue olvidada por las campañas de propaganda de los contendientes de la Primera Guerra Mundial, que intentaron ganarse a la opinión pública a través de la prensa. Aunque es común hoy ver la Gran Guerra como un conflicto de pura realpolitik entre imperios, el debate entre partidarios de uno y otro bando en España se planteaba en términos de simpatías ideológicas y movilizaba al mundo intelectual. Pero a veces, los intereses económicos o personales jugaban un papel incluso mayor. En el caso del semanario España, cuyo gran promotor era Ortega y Gasset, su inclinación por el bando aliado fue fruto de la insistencia del socialista Luis Araquistáin, agente del gobierno británico que consiguió una subvención del Foreign Office para salvar a la revista de sus apuros económicos. Como contraprestación por sus servi-

cios, Araquistáin consiguió suplantar como director a su rival, el amigo de Ortega y editor José Ruiz Castillo. Siguiendo con el estudio del semanario España, Manuel Menéndez Alzamora y Katia Eseve Mallent repasan la evolución de la caricatura en sus páginas a través de los distintos dibujantes que trabajaron. La caricatura experimentó un gran cambio con respecto al modelo decimonónico, transitando hacia formas más conceptuales pero que transmitían con más fuerza mensajes políticos a una sociedad de masas. El más importante de los dibujantes fue Luis Bagaría, que incluso recibía una pensión del Foreign Office por el impacto de sus dibujos aliadófilos en la opinión pública y terminó siendo un importante representante del republicanismo más progresista y anticlerical con sus agudas caricaturas. El libro se cierra con el estudio que Cristina Barreiro dedica a los artículos de Ortega y Gasset en la prensa española de la época. Nos presenta a un Ortega en la cumbre de su fama, cuyos textos periodísticos moldean el debate político español y son comentados y aplaudidos, pero también criticados en todos

los medios. El pensamiento de Ortega, como el de Santayana o Lippmann, refleja a un liberalismo elitista que aspira a preservar los valores liberales —derechos individuales, racionalismo, libertad— a través de la acción de “personas selectas” que los protejan de la deriva de las masas. Ortega, más optimista que sus contrapartes estadounidenses, defendía insistentemente que España estaba a tiempo de transformarse a mejor, aprovechando la época de cambio que vivía el mundo entero, pero entendía que esa reforma no podía ser solo de carácter político, sino que tenía que afectar a la forma de ser de todo el pueblo español. A este empeño dedicó innumerables artículos en *El Sol* y la *Revista de Occidente*. El cuadro que nos presenta Cristina Barreiro es el de una España con un debate público agitado por una prensa activa y de muy diverso signo político en el que, como en el pensamiento de Ortega, las líneas partidistas no están claramente marcadas y todavía no vemos esa polarización que dominaría la II República y que ya nunca ha desaparecido.

JORGE ÁLVAREZ PALOMINO

Roberto MUÑOZ BOLAÑOS, **El 23-F y los otros golpes de Estado de la Transición**, Madrid: Espasa, 2021, 656 p., ISBN: 9788467061314.

Su autor Roberto Muñoz Bolaños es doctor en Historia Contemporánea y profesor del Centro de Estudios Magíster y de las universidades Francisco de Vitoria, Camilo José Cela y del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (UNED). El historia-

dor es experto en historia cántabra y el libro se basa en gran parte en su tesis doctoral, donde ya avanzó las principales líneas que expone en su obra. La pieza clave de su investigación se basa en el sumario del juicio, proporcionado al autor por el letrado Ángel